

Para una definición del castrismo

Ignacio Sotelo*

LAS corrientes de pensamiento –aristotelismo, hegelianismo, marxismo– o las políticas –leninismo, maoísmo, castrismo– que se denominan a partir de un nombre propio, además de confirmar la expansión, influencia o popularidad que han alcanzado, ofrecen una primera dificultad, al hacer referencia, tanto al conjunto de lo pensado o realizado por la persona, como a las corrientes o movimientos que de ellas provienen; a menudo, incluso, se entremezclan estas dos significaciones. Por castrismo ha de entenderse tanto la línea de acción y de pensamiento que distingue a Fidel Castro como una determinada corriente marxista revolucionaria que ha actuado en América Latina, siguiendo las pautas de la revolución cubana.

Colocados en un enfoque latinoamericano, se imponen dos observaciones. La primera, que el castrismo es el primer movimiento político-social latinoamericano cuyo prestigio e influencia ha saltado fuera del continente alcanzando una cierta universalidad. El castrismo es un concepto conocido en Estados Unidos, Europa y que ha influido, aparte de Latinoamérica, sobre todo en África. Una segunda observación: llama la atención que el concep-

* Catedrático de Política en la Universidad Libre de Berlín.

to se derive del apellido, cuando lo propio de la tradición hispánica es que lo haga del nombre de pila: así el «porfiriato» viene de Porfirio Díaz o el «feli-pismo» de Felipe González. Aunque las masas gritasen «Fidel», «Fidel», «Fidel», y al principio se les llamase «fidelistas» a los seguidores de Castro, el concepto que ha terminado por prevalecer ha sido el de castrismo, lo que indica que no es una creación popular, sino que ha surgido en los medios intelectuales y círculos políticos del afán de diferenciar un concepto específico de socialismo revolucionario para América Latina.

El concepto de castrismo viene así directamente ligado 1.º a una experiencia histórica, la revolución cubana; 2.º a los caracteres particulares de su líder máximo, Fidel Castro; 3.º a las condiciones de una América Latina en ebullición, después de la segunda posguerra en una época marcada por la guerra fría y 4.º al resurgir del mundo subdesarrollado en los sesenta. La confluencia de estos cuatro factores tipifica la línea de acción y de pensamiento políticos que denominamos castrismo.

La revolución cubana

EN este siglo XX han triunfado en América Latina cuatro revoluciones: la mexicana, la boliviana, la cubana y, como una secuela de esta última, la nicaragüense. Como la boliviana también podría interpretarse, en cierto modo, como una réplica de la mexicana, en rigor, en América Latina habría que hablar de dos revoluciones modélicas: la mexicana que comienza en 1910 y la cubana, en 1959. Las dos tienen elementos comunes: por ejemplo, en ambas cabe señalar con nitidez su comienzo, pero no es nada fácil ponerse de acuerdo sobre su final, incluso en un momento en que los dos regímenes que alumbraron se encuentran enormemente debilitados. Tanto en la revolución mexicana como en la cubana desempeña un papel importante un nacionalismo enfrentado a Estados Unidos. Además, las dos revoluciones tienen en origen una intención exclusivamente política —acabar con los regímenes de Porfirio Díaz y de Fulgencio Batista—, empeño que desencadena en ambos casos una revolución social.

Pero, tanto o más que las similitudes, son importantes las diferencias: la revolución mexicana, apoyada en sus comienzos por los Estados Unidos, supo mantener siempre una relación pragmática con su vecino del Norte, hasta culminar el proceso en la participación en una zona común de libre cambio (Tratado de Libre Comercio). En cambio, el antiamericanismo visceral de la revolución cubana se ha mantenido a lo largo de tres largas déca-

das, sin que hasta ahora haya sido capaz de normalizar sus relaciones con la potencia hegemónica. Un tratamiento tan diferente de las relaciones con los Estados Unidos se explica a partir de la inserción de la Cuba revolucionaria en la guerra fría y depender su pervivencia del apoyo económico y político de la Unión Soviética, lo que obligó a Cuba, en último término, a adoptar en buena parte el modelo soviético. En cambio, la revolución mexicana consolida su modelo socioeconómico y político en los años veinte y treinta en un ámbito en el que la influencia soviética es todavía prácticamente nula en América Latina. En fin, una diferencia fundamental hay que consignar entre ambas revoluciones: mientras la mexicana, en cada una de sus etapas, tuvo siempre distintos líderes, a menudo enfrentados entre sí —por lo menos hasta 1929, año de la fundación del partido revolucionario—, Fidel Castro ha sido desde sus comienzos hasta la fecha el único líder de la revolución cubana. La personalidad de Castro ha marcado de manera decisiva origen, proceso y modelo resultante de la revolución cubana, impronta personal que precisamente subraya el mismo concepto de castrismo.

La personalidad de Fidel Castro

EL carácter más peculiar de la revolución cubana es su personificación, hasta el punto que podría considerarse casi producto exclusivo de la voluntad de una sola persona. Sin la personalidad de Fidel no se explica su origen —asalto al cuartel Moncada; el desembarco del *Granma* y la aventura de Sierra Maestra— ni su evolución en cada una de las etapas vividas. El poder omnímodo de Fidel Castro ha sido, y sigue siendo, una de las constantes definitorias de la revolución cubana. Tamaña personificación de todo un pueblo y de todo un proceso revolucionario en un solo individuo rompe todos los esquemas, incluso en una América Latina que ha conocido a fondo lo que significa la personificación del poder y de la política: fenómeno que conocemos como caudillismo. No ha habido caudillo en la historia de América Latina que haya alcanzado, ni de lejos, un poder tan absoluto y arbitrario como el que ejerce Fidel Castro. Como manifestase el conocido experto agrícola, René Dumond, en los comienzos de los sesenta, «el problema cubano es fácil de diagnosticar. En esta isla hay un hombre que toma todas las decisiones y desgraciadamente se equivoca muchas veces, sobre todo en el terreno económico». No se entiende el castrismo sin esta dimensión personal, producto de un consumado arbitrista; más aún, constituye su rasgo más sobresaliente.

La situación de América Latina durante la guerra fría

LA crisis mundial de comienzos de los treinta pone en entredicho el modelo latinoamericano de integración en el mercado mundial: exportación de materias primas a cambio de productos manufacturados. Sustituir el modelo supone modificar las relaciones de clase, a lo que con todas sus fuerzas se oponen las oligarquías establecidas. Las circunstancias especiales de la Segunda Guerra Mundial y la larga posguerra disimulan la crisis del modelo tradicional, a la vez que sientan las bases para poner en marcha un proceso de industrialización que reduzca la importación de los productos industriales de consumo. En los años cincuenta y sesenta la CEPAL sostiene que la fórmula adecuada para salir del subdesarrollo en América Latina es industrializarse (industrialización, por sustitución de importaciones). Ahora bien, el proceso de industrialización tropieza con dificultades internas que se centran en la falta de un mercado suficiente para los productos manufacturados, debido en primer lugar a la existencia de un campesinado que, al borde de la miseria, se encuentra en relaciones semi-feudales de dependencia. El populismo industrialista se revela incapaz de llevar a cabo las reformas agrarias en el campo y las reformas sociales en la ciudad, que considera ineludibles para avanzar en el proceso de industrialización. A estas dificultades internas hay que añadir las externas, que se hacen visibles al comprobar que la industrialización emprendida crea nuevas formas de dependencia, tecnológica y financiera, con el mundo desarrollado.

Ante tantas y tan graves dificultades, la llegada al poder a finales de 1959 de los «barbudos» de Sierra Maestra levanta enormes expectativas. En América Latina muchos no perciben ya otra salida que la revolucionaria. Como exigía el populismo industrialista, en Cuba se comienza con una reforma agraria radical, que se lleva a sus últimas consecuencias, pese a provocar la ruptura de relaciones con los Estados Unidos. Tras una revolución social y educativa de tal envergadura, a mediados de los 60 nadie en América Latina duda de que en Cuba se han sentado las bases para poner en marcha un rápido proceso de industrialización, máxime con figura tan carismática como Che Guevara, como ministro de Industria. La realidad va mostrar que la ambiciosa industrialización de la isla nunca pasó de ser un proyecto más de los muchos no realizados, o fracasados, en los últimos 30 años. En las condiciones de la guerra fría, para amplios sectores populares latinoamericanos, capitaneados por intelectuales y estudiantes, resultaba convincente la simplificación de atribuir todos los males a las relaciones capitalistas de produc-

ción, en las condiciones de dependencia que impondría el «imperislismo norteamericano», a la vez que todavía no había perdido verosimilitud el modo cubano de acceso al poder —teoría del foco guerrillero—, así como el ulterior desarrollo socialista de las relaciones de producción según las pautas soviéticas. Obsérvese que el castrismo había nacido de un nacionalismo acérrimo, interesado en recalcar la originalidad del proceso revolucionario cubano, para culminar en un internacionalismo no menos consecuente, que no pretende más que reproducir el modelo soviético. El 3 de enero de 1966 se celebró en La Habana la Primera Conferencia de Solidaridad entre los Pueblos de África, América y Asia, conocida como la Tricontinental. La intervención militar cubana en África —Angola, Mozambique, Etiopía— es la expresión más irracional de este internacionalismo al servicio de la Unión Soviética, con altos costos para la población y la economía cubanas.

Auge y decadencia del castrismo

CON estos elementos cabe ya definir el castrismo como la adaptación del marxismo soviético a las condiciones especiales de América Latina durante las décadas de los sesenta y los setenta, según la interpretación que entonces se hacía de la revolución cubana como si hubiera sido el resultado indefectible de un movimiento armado; interpretación que constituye ya de por sí otro elemento básico del castrismo. La contribución más original y, si se quiere, menos marxista, del castrismo consistía en promover una estrategia de acceso al poder por medio de la acción guerrillera, partiendo de las zonas geográficas más inaccesibles y contando de antemano con la movilización del campesinado. El voluntarismo revolucionario sustituía al análisis marxista sobre las relaciones de clase. Con el castrismo se identificó el mito de que un pequeño grupo armado podría acabar con la estructura de poder establecida. Con todo, un movimiento guerrillero merecía el título de castrista si su implantación convenía a los intereses superiores cubanos: en un momento en que el embargo y el aislamiento impuestos por Estados Unidos hacían imprescindible mantener buenas relaciones con México, los movimientos guerrilleros que actuaban en este país no merecían esta denominación, silenciados tanto por el Gobierno mexicano como por el cubano.

El último éxito del castrismo fue la revolución sandinista, así como el final del castrismo, como modelo latinoamericano, lo marca el que el sandinismo se desmoronase por la voluntad expresada en las urnas del pueblo

nicaragüense, doble fracaso que tiene su origen en el debilitamiento y ulterior desplome de la Unión Soviética, que deja a Cuba y a su socialismo castrista enfrentados a problemas económicos y sociales insolubles. Al precio internacional del azúcar, ya sin subvenciones soviéticas, la zafra cubana no financia ni la mitad de la cuenta petrolera, que hay que pagar ahora en divisas.

El que Castro permanezca en el poder, pese a que el modelo socialista cubano no tenga la menor viabilidad, ha dado un vuelco al concepto de castrismo y, de señalar una vía latinoamericana hacia el socialismo, lo más probable, si logra mantenerse algunos años, es que acabe por significar el camino inverso del socialismo al capitalismo, que se caracterice por mantener, por lo menos en las primeras etapas de la transición, el viejo aparato de partido, el sostén principal del régimen, y con él, partes del viejo discurso revolucionario. Castro puede muy bien redondear el viaje completo de ida al socialismo y de vuelta al capitalismo, poniendo así de relieve que el sistema establecido en Cuba no ha sido más que la dictadura personal de un obseso del poder, que ha sabido manejarse con las más diversas ideologías —nacionalismo, socialismo, leninismo— con el único fin de perpetuarse en el poder, con un prestigio en Cuba y en América Latina siempre descendente, pero en relación con los resultados, sorprendentemente alto. El castrismo se revela como un fenómeno hartamente peculiar de poder personal, que ha sabido recubrirse de una aureola de prestigio, pese al precio altísimo en libertad y bienestar que el pueblo cubano ha pagado en estos casi 40 años de férrea dictadura.